INTERPRETACION DE MEJICO

POR

CLAUDIO ESTEVA FABREGAT

TEORÍA DE LA HISTORIA MEJICANA

Hacia el fondo de la historia mejicana, hasta donde alcanzan los acontecimientos escritos, nos encontramos con dos poderosas áreas culturales: el altiplano central y el sudeste, regiones que, a su vez, constituyen los ejes en torno de los cuales se ha desarrollado toda la historia cultural prehispánica.

Sin embargo, no siempre los retos más estimulantes han procedido de estas zonas. En muchos sentidos, el Norte bárbaro y nomádico, con su extraordinaria vitalidad muscular, ha producido agresiones regulares contra los pueblos sedentarios, especialmente los del altiplano, lo que ha originado que las principales crisis hayan tenido que ser enfrentadas en función de esta acometividad.

A finales del siglo X, el valle central se convierte en centro de fuerzas expansionistas, mientras que las culturas del Sur habrán entrado en los signos deprimentes de la decadencia. Los grupos mayanses, los admirables arquitectos de la sorprendente cultura tropical, rendirán el poder político en Mesoamérica a los pueblos nahuas, que con el tiempo tendrán su expresión más completa en la cultura azteca de Tenochtitlan.

La entrada de los pueblos nómadas procedentes del norte de Méjico a las zonas del altiplano central tiene que haber actuado como un revulsivo sobre las potencias históricas de los pueblos sedentarios de estas zonas. Las oleadas norteñas han desempeñado, dice el historiador mejicano Jiménez Moreno, un papel importantísimo en la dinamia y desarrollo de la historia política y cultural prehispánica.

Irrumpiendo depredatoriamente sobre los pueblos agricultores que habitaban las mesetas centrales, los guerreros del Norte se han convertido en vehículos de frustración cultural de los valles de esta zona. El desarrollo pacífico de estas áreas se ha visto constantemente interrumpido por estas entradas agresivas, y, como una fatalidad cíclica, las sociedades sedentarias han tenido que conver-

tirse en tributarias de estos guerreros, y con frecuencia han tenido que empezar de nuevo su historia.

La formación de la cultura en los altiplanos del centro de Méjico ha sido, pues, una tarea penosa, periódicamente suspendida o arrasada por los pueblos nómadas venidos del septentrión. Por lo mismo, durante siglos, este altiplano ha sido una zona de acomodación demográfica, con pérdidas cualitativas en su rendimiento cultural, y por extensión habrán producido un sentimiento permanente de alarma en la orientación histórica de estos grupos.

Siempre sedientos de hogares más ricos, necesitados de enriquecimiento, los pueblos nórdicos de Méjico han puesto cerco e incendio en la población sedentaria, y después de dominarla han asumido el papel de reiniciadores de las culturas que previamente han frustrado con sus armas.

Esta periodicidad histórica ha servido para fomentar profundas escisiones en el carácter, desconfianzas en el desarrollo nacional. Un profundo estado de ansiedad en estos pueblos, un desequilibrio constante en sus soluciones existenciales, habrán producido una estructura conceptual pesimista de la vida. Pero esta misma incorporación de los ritmos peligrosos en la existencia y su fusión inevitable con los pueblos bárbaros habrá servido de reto, de estímulo para cobrar sangre más joven, más enérgica y también más propensa al expansionismo político y militar.

Siendo paso obligado hacia el Sur, el altiplano central ha sido como un corredor de tránsito. Como tal, a lo largo de la historia mejicana de este tiempo, ha desempeñado un papel de presión sobre los pueblos sureños, la misma presión que, a su vez, recibía de los nómadas septentrionales.

La estabilidad de la cultura de estas mesetas centrales ha resultado casi imposible, pues las sociedades de estas zonas han estado más ocupadas en resistir y adoptar políticas militares, al principio de pequeña expansión y retracción, que en desarrollar su crecimiento propiamente creativo. La cultura creativa se desenvolvió con mayor éxito en el Sur, y en este sentido adquirió un nivel maestro más acusado que el que produjo el altiplano central en esa época. El papel del altiplano ha sido heroico. Ha consistido en distender la energía agresiva de los nómadas, recibiéndola y agotándola ininterrumpidamente, y en su carácter de amortiguador ha sido como un vasto fondo, en el que, vertiéndose el oleaje, se iba asimilando una fuerza nueva, mientras el Sur podía concentrarse sobre su propio desarrollo espiritual y material.

El alojamiento de los grupos nomádicos en el altiplano ha ido

acumulando la vida urbana, y ésta ha crecido en centros políticos que, cada vez más poderosos, iban alejando y reduciendo la capacidad de avance de los nómadas. Ya hacia el siglo XIII, los nómadas depredadores dejan de ser una fuerza de internación importante, y por lo mismo son detenidos en las fronteras. Desde ahora, el altiplano empezará a crecer y a desarrollarse, pero su estilo será militar. Esta será una herencia de la todavía reciente asimilación de espíritu guerrero dejado por los nómadas.

A medida que las fuerzas de presión representadas por los septentrionales han sido puestas cada vez más lejos, y a medida que las anfictionías de los pueblos sedentarios y urbanos del centro han desarrollado una mayor eficacia militar, como en el caso probable de los históricamente poco conocidos tarascos, el altiplano ha iniciado poderosas expansiones políticas, sin llegar, empero, a igualar la espléndida madurez cultural de los grupos del Sur. Con la tensión metida en su alma, ha asimilado el sentido peligroso de la existencia de los nómadas, y ha puesto en estado de guerra su organización social.

La estimulante agresividad del Norte habrá inyectado impulso aventurero y sentido mesiánico a las civilizaciones del centro. Los valles del altiplano han sido, durante mucho tiempo, áreas de transición, y cada vez que han logrado paz y unidad internas se han lanzado sobre el atractivo y rico Sur, y ahora se han compensado depredándolo.

En el promedio de esta historia se habrá producido un escalonamiento de ondas agresivas. Mesoamérica ha sido una zona de grandes presiones demográficas, de extraordinaria compulsión muscular, vitalmente extendida, pero profundamente constituída en torno a un sentimiento dramático de la vida. El ciclo de la paz precaria se habrá hecho personalidad básica en estas naciones. Y una proyección de tensas culpabilidades habrá producido un extenuante frenesí místico.

* * *

La llegada de Cortés durante la hegemónica paz militar azteca constituye una revulsión y otro espanto en la vida mejicana. Sólo que ahora el esfuerzo histórico del español tiene una mirada geopolítica más amplia y universal.

Cortés, como extremeño, como hombre de la meseta española, organizó la nueva sociedad en el altiplano. Sus paisajes de origen se repetían aquí en Méjico, le recordaban su *habitat* ancestral. Toda

la visión cortesiana coincidió con este hecho básico. Y justificado Cortés por el hecho de que era precisamente en el altiplano donde quedaba el poder fundamental, y era ahí donde había residido el centro del imperio azteca, no tuvo que intentar una mutación en la tradición inmediata del poder. Si hubiera establecido su centro geopolítico en la costa, el poder nahua se hubiera probablemente recuperado y la conquista española habría quedado amenazada.

Así fué como en lugar de debilitarse la posición geopolítica del altiplano, se reforzó. A lo largo del transcurso histórico, la decisión de Cortés convirtió definitivamente al altiplano en el eje de la política mejicana del futuro.

Cortés introdujo en Méjico el sentido aristocrático muscular y ético que distingue al centro de España, sentimiento que encontró aceptación inmediata entre los pueblos del altiplano de Méjico, precisamente porque ésta era su forma de ser.

A diferencia de los portugueses y los catalanes, que buscaban en las costas los centros de fijación, el extremeño y el castellano los persiguieron en la meseta. De este modo, la cultura mejicana, al igual que la peruana y la correspondiente a la de las altas culturas de Centro y Sudamérica, repitió con la española un destino de altiplano. Y sobre esta base, el carácter hegemónico del altiplano quedó garantizado hasta el presente.

Cortés somete y unifica. Tiene, además, la dureza pedagógica del padre severo. Disciplina y crea un carácter patriarcalista de la vida, vida que tiene al padre por centro de todas las identificaciones.

Sin embargo, esta identificación plena sólo podía ser estable entre los criollos, o sea entre los descendientes de españoles o de europeos. En el caso de los mestizos, psicológicamente la situación es mucho más significativa, porque durante la primera fase la unión de la mujer india con el conquistador lleva la inevitable marca de la pura atracción sexual.

En esta unión, por parte del guerrero hispánico no han concurrido suficientes elementos de prestigio e identificación culturales del lado de la mujer india, como para que ésta fuera reconocida por el conquistador en forma estable. Sólo el esfuerzo evangélico y moral de la Iglesia tuvo suficiente autoridad para evitar el relajamiento de la disciplina familiar. Empero, al igual que en todo trauma de irrupción, de transición, el estatuto del padre español en la organización de la familia tuvo, durante la primera fase, un carácter aventurero y, por lo mismo, inestable.

El principio de superioridad de la cultura española del siglo XVI sobre la indígena, su mayor prestigio, desarrolló una tendencia escapista en el padre, así como una conducta sexual aventurera de su parte. Su propensión a preferir, más por prestigio que por atracción sexual, a la mujer española, produjo un profundo resentimiento en la mujer india y en el hijo, en el mestizo.

Durante ese tiempo, el mestizo asimila el sufrimiento de la madre, establece solidaridad con ella y se vuelve contra el padre. Y cuando este resentimiento se mitifique, permanecerá profundizado como una injuria a la madre tierra, como un maltrato contra el hogar ancestral del hombre mejicano.

Aquí aparece también la actitud masculina de reivindicar la posición derogada de la madre, defendiéndola en cuanto ser débil de la fuerza del padre.

El mestizo aposentará este resentimiento durante siglos; luego lo opondrá agresivamente contra el padre, contra el español, del que, sin embargo, no prescindirá en cuanto es ya también su ser mismo. La reconciliación ocurrirá tiempo después, cuando el mestizo obtenga el gobierno de la historia nacional, cuando haga de ésta su propia obra.

Entonces, este complejo, operando como el de Edipo, pero en cuyo proceso no existe conexión sexual, se irá diluyendo en la misma obra; adquirirá un sentido de reivindicación de sí mismo y, por tanto, del padre. Será una justificación de sí mismo a través de la trascendencia vicaria del ser mestizo.

La historia mejicana, durante la definitiva transfusión española, nos muestra de nuevo un trauma profundo, política y psicológicamente. Este impacto, ahora, no ha venido del Norte. Ha llegado del Sur, como había sido anunciado por aquellos augurios que vaticinaban la llegada de hombres blancos y barbados procedentes del Oriente, o sea se cumplirá la vuelta del Quetzalcoatl expulsado de Tula. Esta vuelta se consumará en la persona de Cortés, y Moctezuma, el escéptico emperador azteca, se rendirá a los presagios con una extraordinaria lealtad al mito.

La historia mejicana habrá repetido con una gran herida. Hasta que ésta cierre pasarán siglos. La *conquista* es tema que levanta la pasión del mejicano, sea éste mestizo, criollo o indio. Pero desde la conquista, la geopolítica mejicana se ha extendido, y su concepción del espacio se ha hecho más completa.

Con la conquista española, los pueblos nómadas del Norte habrán dejado de ser fuerza de presión durante el virreinato.

A lo largo de esta vida española, los grupos indios fundamentales se habrán unido en una sola lengua, una sola religión y una nueva nación. Ahora sentirán como un destino común la marcha de esta reciente y más amplia patria.

Antes que se produjera la conquista hispánica no existía la conciencia de la mejicanidad. Existían tribus y estados en colisión o en alianzas. Pero la reducción de éstos a un solo sentimiento histórico, a una conciencia, la del mestizo, produjo el desarrollo de la mejicanidad, y, con ello, la formación de un nuevo destino.

Durante cerca de trescientos años, el Norte habrá cambiado su sentido geopolítico tradicional. En lugar de constituir una zona de presión contra el altiplano central, se habrá convertido en territorio de dilatación de este altiplano. En lugar de mantenerse como zona marginal, sin atractivo funcional como zona geopolítica, se convertirá en espacio interior del nuevo sistema de civilización.

El Norte habrá dejado de ser un frente táctico; ahora será la avanzada del altiplano incesantemente dirigida hacia el septentrión.

Cuando, con la independencia mejicana, el poder político español ceda la nave de gobierno a los criollos, el Norte volverá a inquietar, a irrumpir, hasta contraer de nuevo la mejicanidad. Las fronteras de ésta quedarán replegadas después de las guerras contra los Estados Unidos de Norteamérica.

Sin embargo, la solución hispánica de vida dejó buenas defensas, y con éstas se desarrolló el cuerpo interior de la nueva nacionalidad. El Norte, con sus embates, produjo la concentración de la cultura nacional. Al igual que en la época prehispánica, la presión norteña habrá repetido los traumas tradicionales, habrá interrumpido el desenvolvimiento de la vida creativa.

Pero ahora la unidad lingüística, religiosa y cultural que se puede oponer a esta presión servirá para agotar la capacidad definitiva del Norte, evitará absorciones totales. Durante cerca de cien años, el Norte constituirá una atracción de desgaste, pero también será un estimulante que reforzará el sentimiento patriótico, y, con éste, el despertar de nuevas energías.

Y hacia principios de nuestro siglo volverá el Norte otra vez. Pero ahora será con la Revolución Mejicana. Esta incendiará todo, penetrará como un ciclón en el altiplano y lo devastará, y de ahí se propagará hacia el Sur como una onda igualmente desintegradora.

Y, de nuevo, a organizar las energías, la voluntad nacional. Pero los revulsivos esta vez han tenido un origen interior. Al igual

que en todas las guerras civiles, después de la Revolución Mejicana el sentimiento creativo ha aparecido como una fuerza que también arrasa todo a su modo. Arrasa lo viejo, suelta lastres, y se lanza hacia el porvenir con un ansia tan fundamental que ahora se conquista mesiánicamente al propio país.

El espacio a conquistar son el indio acorralado en las zonas marginales de la cultura nacional, los desiertos, las montañas sin árboles, la técnica y la ciencia, la vida moderna, que viene del Norte como un presagio que hay que alejar antes que se desencadene.

La sangre mestiza, su cultura, que hizo la Revolución Mejicana, se ha ido al corazón del problema nacional: hacia la necesidad de entusiasmo. A lo largo de la historia mejicana, se produce un hecho importante: la dilatación y la contracción del entusiasmo. Este es un problema que no siempre se ha podido comprender con el análisis puramente objetivo de la realidad, porque, como todos los problemas del hombre, hay que sentirlo. Pero ahora estamos precisamente en medio de una dilatación entusiasta del mejicano, una dilatación que podrá todo mientras mantenga su ritmo.

EL RITMO DE SIEMPRE

Ya hemos dicho que ésta es tierra de hombres que han sufrido profundos traumas, largos terrores periódicamente descargados en forma de violentas y extenuantes catarsis. Pero desde que Méjico tiene unidad política y cultural, la presión militar antigua se ha convertido en presión social, en presión interior. Introvertida como pasión en la subconsciencia del hombre, ha creado una gran capacidad de castigo, pero también una equivalente capacidad agresiva, de réplica contra el desdén del Destino. Y cada vez que se ha ido la pasión, que se ha descargado, el hombre ha vuelto a recogerse, a contraerse, a estarse en su mismidad, y se ha callado.

La psicología del mejicano se apoya en vastos silencios, particularmente significativos en la vida rural, que es donde ha tenido más mejicanidad el mejicano. Pero a lo largo de cada silencio se cae siempre en un hiato: son las protestas incontenidas, la revolución resuelta en fieras agresividades.

La existencia gregaria se interrumpe, se revuelven las emociones, y un afán intenso de ser todo en cada instante, de extenderse, anima en dionisíacos entusiasmos aquella nada aparente que no se

movía. Aquel hombre quieto, silencioso, ha estallado, y sobre el curso de la historia nacional habrá dejado una huella simática. Luego escapa de la acción, se sume y desaparece en el anonimato. Ahora será como un prisma refractado a toda posibilidad de proyección.

El mejicano quedará sometido a la disciplina de la acumulación estética, centrará su ser en ella y esperará. Dialogará consigo mismo y sobrevivirá al reposo exterior. Durante este tiempo será una incógnita, y Méjico, también. Mientras allí, en la ciudad, correrá el tiempo como una gran ilusión que escapa todos los días, en el campo el hombre de Méjico se concentrará. Con este silencio, el rostro del mejicano adquirirá inmutabilidad, tendrá la paz enigmática de la vida interior incomunicable.

Como dándole tiempo al Destino, el mejicano ha caminado lentamente por los rumbos de la Historia. De este modo, casi no tiene ingenuidad. Pero hay veces que camina muy aprisa. Hace una revolución honda, tan honda que llega hasta las entrañas mismas del rencor ancestral, y entonces salta, se acelera sin tregua sobre las etapas y se planta en la meta. Ahora habrá hecho una revolución. Ha puesto en sitio nuevo las cosas viejas. Y otra vez descansará. Y esperará largo tiempo con la injusticia asustándole el alma, hasta que torne con las ansias del sediento y abrase todo. Y el río seguirá corriendo y repitiéndose.

Con el ciclo a cuestas, el mejicano ha sufrido la cicatería de cosechas escuetas en los altiplanos y el agobiante exceso de sus maniguas vegetales en el Sur y en el Este. Nunca ha podido obtener el comedio, el equilibrio de un ritmo estable. El mejicano se ha quedado en los límites de la alegría orgiástica, o en un dolor que sufre sin lamentos. Ha ido de la vida a la muerte, de la fascinación ilusa al desmayo de la voluntad.

Por una parte, el trópico, con su fantástico despliegue vital, con su aplastante operación de crecimiento, con la vida y la muerte devorándose una a otra en la vegetalidad, viviendo de sí mismas. Por otra, el altiplano, largo, reprimido, ferozmente mesiánico, altivo entre sus montañas más altas que las nubes, y, sin embargo, con sus hombres puestos en cabizbaja meditación, entregados al sentido mismo de la metafísica dignidad de su silencio.

Con este ciclo ha formado su estilo de vida. Su alma lleva inserto el sentimiento estético como concepción del mundo, que es en sí mismo la operación señorial de los sentidos: arte, ritualismo, religiosidad dramatizada, simbiosis entre el peligro y el pulso aven-

turero que pone en su escrutación de la Naturaleza. Ahí es donde es el mejicano.

Su densidad espiritual ha permanecido como un movimiento profundo, que se levanta siempre más allá de lo que se es en el realismo occidental: apetencia de vida, creación fáustica, racionalidad y recursos científicos. La tierra es algo que todavía no se le ha puesto fácil al mejicano. O debajo de ella o por su encima.

El hambre de justicia del mejicano siempre encuentra una oportunidad de saciarse, hasta quedar estremecida. Pero los plazos en que se cumple son largos, y durante este tiempo conserva una paciencia vegetal. Pocos pueblos tienen el alcance mesiánico del mejicano, su libertad cíclica. Pocos se atreven a sus extremismos existenciales, y pocos también a su ancestralismo, a su estarse y repetirse en las raíces de siempre. Es una estirpe que coquetea siempre con la leyenda y el mito. Ambas son parte de su sustancia fundamental, son su ser y como su destino.

EL MESTIZO

Y ahora, con el avance del tiempo, ha llegado el mestizo a conquistar la vanguardia en la historia mejicana. Ha llegado dominándola. La teoría del mejicano de hoy sólo es válida en cuanto sea teoría del mestizaje. Esta es la fórmula profunda, la que encuentra realmente al ser en su verdadero centro. Cuando el mejicano es mestizo es cuando es.

El ritmo nacional de cada pueblo es obra de generaciones, que, sucediéndose en la continuidad del tiempo y del espacio, van creando el promedio del ser. En el mejicano, la organización y dinámica de este ritmo se produce después que sus componentes bioculturales han producido un *standard*, una suma antropológica; en este caso, la suma progresivamente asimilada de dos pueblos progenitores, el español y el indio, cada uno de los cuales ha vivido entre razones mesiánicas.

Y ahí es donde radica la extensa posibilidad ecuménica del mestizo. Esto es cierto en la medida que la herencia mesiánica se atreva con la ciencia y la técnica, con el sentido del orden, el horario y la eficiencia, que son, en el hombre de hoy, su fuerza, su eficacia, su circulación vital dentro de la Historia.

Dentro de Méjico, el mestizo aparece como una fuerza de definición y de síntesis; domina cuando el criollo ha perdido su vita-

lidad, y, extenuado por su esfuerzo de independencia de España, se ha encontrado con una falta de voluntad para encontrarle sentido y deseo de ser a lo mejicano, que era precisamente ser mestizo, sentirse por lo menos conciencia, ya que no racionalidad, de un destino hispanoindio de cultura. Y con respecto del indio, el mestizo se apodera de la dirección de la historia mejicana, cuando aquél ya no desea ser más en su propia solución, cuando incluso esta solución va disminuyendo más y más su capacidad de sobrevivencia. En este punto es cuando el mestizo adquiere una mayor justificación; entonces se encuentra con que es precisamente él quien representa la continuidad y el destino de Méjico.

Sin embargo, la permanencia de lo mestizo, sus posibilidades de prevalecer y desarrollarse están grandemente subordinadas a la capacidad de elección que desenvuelva, no con respecto de sí mismo, sino de la exterioridad que se establezca frente a su existencia.

En este sentido, se trata de constituir el ser partiendo de lealtades cualitativamente realizadas en la conciencia, que, al mismo tiempo, no impongan a su personalidad y a su destino una hipoteca fundamental. Este es un problema esencial que entrecruza con el de la libertad de destinarse que pueda tener el mejicano.

La libertad concreta que éste pueda tener se cumplirá partiendo de sí mismo, de sus capacidades constituídas, de su solera, de identificaciones que ha cristalizado, las cuales son siempre condición retrospectiva, experiencia, y de la elección que haga de los modelos de vida puestos como exterioridad ante sí mismo. Esto es, por lo que otros estén haciendo en materia de realizaciones culturales.

Elegir lo que está fuera será su libertad, porque, respecto de sí mismo, no puede elegir, no tiene libertad: es como es.

El mestizo es una totalidad cualitativa producida por la fusión biocultural de las estirpes indohispanas. Y no se trata de una simple operación racial. Es algo más dinámico, profundo y funcional. Se refiere al uso de atavismos, de instituciones; se trata de la historia de su conciencia convertida en ser. En suma, es el entendimiento mestizo de la vida. Supone la interpenetración y asimilación de dos profundidades de vida en una.

Históricamente, este ser mestizo se ha producido después de una lenta gestación. Cada minuto de esta gestación se ha insertado traumáticamente en la interioridad del mestizo. Rechazos emotivos y sociales, frustraciones de crecimiento, ideas confusas, quebrantos y

el desarrollo de una capacidad para ser casi clandestinamente, le han devuelto una conducta inestable, indecisa, frecuentemente resuelta en una dirección dramática.

Esto no pudo ser de otro modo, si partimos del hecho de que, al principio, el mestizo era un ser excluído por la sociedad india y por la criolla. Ambas le consideraban un producto bastardo. Y así tuvo que ir creciendo, con la amargura y con la exclusión. Era un ser desamado por la sociedad, que tuvo que fundar poderosos resentimientos; luego lentamente prescribiendo, por medio de violentas emisiones de disgusto, contra parte de su pasado y con respecto de aquellas asimilaciones progenitoras más identificadas con la producción de su resentimiento, generalmente el padre.

Durante este tiempo de cuatro siglos, el mestizo ha conocido y experimentado en su conciencia la oscuridad, el estar pobremente instalado en el libre juego de la personalidad; ha tenido que ir superando su inferioridad social, y se ha visto precisado a crear su propia dimensión, sus arraigos, sumando y restando de cada uno de sus progenitores, hasta ser con su actual estilo.

Por lo mismo, la obra apenas iniciada, la de ser él la forma y sentido de lo mejicano, se asemeja en muchos aspectos a una incertidumbre, a un titubeo. Con el alma todavía muy joven se asemeja a un adolescente moviéndose entre hondos temores.

Sin embargo, sus tendencias son fuertes, han adquirido la flexibilidad del ser que crece y la voluntad de vivir más allá de sus dos antecesores. El mestizaje biocultural es la sangre nueva que ha vitalizado al hombre de Méjico.

Este mestizaje es como una radical en desarrollo; es una institución profunda que se exige mucho a sí misma, que rompe viejos equilibrios y que lanza toda su tremenda juventud, prodigándose y expandiéndose.

La radiación juvenil del ser mejicano de hoy se expresa tanto en el sentimiento edificatorio que pone en su conducta como en la extraordinaria vitalidad estética que imprime a sus proyecciones existenciales. En este sentido, la juventud del mestizo aparece cargando de tremendismo toda su personalidad. Dondequiera, hay un ansia colosalista, un deseo agresivo de perder humildad. El carácter social está profundamente conmovido por una energía que, constituída ahora en la pura acción, tiende a escapar de la intimidad como conducta. Al presente, el sentido de lo mejicano es la pasión.

En todas partes bullen el entusiasmo y la euforia. El mestizo está triunfando allí donde casi nunca se había triunfado: en la

capacidad para ser entusiasta. Sobre la vieja sensación de inutilismo que se había apoderado de la personalidad nacional aparece ahora el nuevo modo entusiasta de ser. Esta es la versión peculiar de los pueblos jóvenes, entregados al gasto de la energía. Esta es la actitud romántica de la juventud.

EL DILEMA INTELECTUAL

Y ¿qué ocurre entre las capas intelectuales dirigentes, mientras todo el pueblo de Méjico está entregado a una prodigiosa distensión creativa?

Hemos dicho que el mestizo es un ser en elaboración, puesto en tarea. Méjico mismo, llevado por este fluir de energía, es un acontecimiento en transición, es una experiencia con todos sus poros abiertos, con toda su vivencia despierta. Por lo mismo, ocurre algo semejante entre sus intelectuales, sólo que se presenta con ciertas diferencias. Mientras unos viven el mismo ritmo de su pueblo, otros se encuentran en él sorprendidos, como anonadados, sin todavía comprenderse totalmente. Pero ambos se concentran sobre la misma tarea, sobre una misma pregunta, ahora fundamental: sobre las raíces, la razón y el sentido del ser mejicano. El conocimiento de la mejicanidad polariza la pesquisa intelectual.

Pero unos se han planteado al mejicano como una posibilidad, dentro de cuyo desarrollo y epílogo el intelectual debe ser parte locomotiva. Estos entienden al mejicano en efusión, en etapa constructiva. Cuando se preguntan, en este caso, por lo mejicano lo hacen preguntándose por sus constituyentes originales, por su pasado, por su forma y por su sentido; pero también lo buscan *in situ*, van a la entraña no del libro, sino de la vida misma del pueblo, de la comunidad contemporánea. Este es el intelectual que llamaremos de acción.

Para dar un ejemplo de éste, para situarlo como individuo característico de esta vocación intervencionista, tenemos a los antropólogos. En esta proyección no son los únicos; pero son, en nuestra experiencia personal, los que mejor conocemos en la situación intelectual que hemos definido como de acción.

En este sentido, es sintomático que el equivalente, en Méjico, a la generación del 98 español hayan sido los antropólogos, hombres doloridos por la atonía de una de las fuerzas esenciales de la mejicanidad: del indio de comunidad.

Y como hicieron en su tiempo los hombres de la generación del 98, se han echado a cuestas la tarea de conocer a su país, de preguntarle, y también de cambiarlo en la masa más adherida al pasado. El indio de hoy no es como el de ayer, porque le falta impulso, voluntad de crecer. Pero el indio es una reserva nacional de hombres y de mercado, de posibilidades y de mejicanidad.

El antropólogo mejicano empezó por ser un etnólogo. Estaba interesado en sistematizar datos culturales, y con ellos reconstruir el campo histórico de su propia cultura. Pero las nuevas promociones académicas, sucesoras de los etnólogos tradicionales, comparten el mesianismo de la joven generación, han entrado en la ideología de la Revolución Mejicana de 1910 y han convertido su inteligencia universitaria en conocimiento aplicado, práctico.

Con la edad de la Revolución Mejicana se han incorporado a su mística y viven su intelectualidad con un sentimiento de participación.

Estar con el indio no supone esencialmente estar con el pasado. Desde un punto de vista profundo y dinámico, significa plantearse una tarea de reivindicación de la mitad del ser nacional. Es integrar en la propia conciencia aquellas fuerzas que durante siglos no se atrevió el mestizo a extroverter por sentirlas derogadas, desacreditadas, faltas de prestigio social. El mejicano, al revolver sobre esta conciencia india, está poniendo en orden su hogar nacional.

El antropólogo, a diferencia de otros intelectuales que se han burocratizado, está recorriendo el país, y su impulso se distingue por el sentido creativo que pone en su obra intelectual, semejante a la que caracteriza al artista durante una interpretación plástica de lo escatológico.

Si queréis saber cómo es Méjico, preguntádselo a él. Os hablará de su pasado, os dirá cómo eran las culturas prehispánicas, de las que ha interpretado sus mejores profundidades, y también aportará sus reflexiones acerca de una gran masa de datos científicos, pacientemente recopilados, sobre el sentido de la vida maya y azteca, del Norte y del Occidente. Todo el Méjico de ayer es conocimiento planteado y resuelto por la antropología mejicana. Igualmente, el conocimiento del Méjico indio y el rural lo está pesquisando el antropólogo, y dentro de breve tiempo quedarán resueltos sus interrogantes.

Para cualquier mal enterado de la situación mejicana, la organización de la mejicanidad podía interpretarse como una proyección agresiva, carente de positividad. En realidad, se manifiesta un ex-

traordinario recelo hacia todo lo que tienda a no desarrollar el mejicanismo, porque la tarea esencial del país se presenta como una necesidad de integrar a sus seis millones de indios, y dar, asimismo, ilusiones, técnica y ciencia, ocio creativo y formación cultural, en suma, a su población rural, todavía manteniendo una mentalidad grandemente folklórica y, en cierto modo, pasiva respecto a los acontecimientos de la vida moderna.

La versión intelectual que ha dado el antropólogo a su obra mejicanista tiene un hondo carácter mesiánico. En la medida en que este tipo de intelectual, el antropólogo, se ha vertido a la actividad aplicada, es un hombre de acción sumergido dentro de la corriente general de crecimiento, de dilatación, que distingue el carácter nacional en este momento.

Su método de conocimiento del ser mejicano es la acción misma; no se plantea con la formidable profundidad del filósofo, porque tampoco ésta en su misión, ni se ha propuesto preguntar metafísicamente. No se ha impuesto las preguntas ontológicas del filósofo, ni ha convenido en considerar, desde un plano especulativo, la posición del ser mejicano. Pero este ser ha sido comprendido mejor por el antropólogo que por el filósofo.

Si nos preguntamos el porqué, se nos viene de inmediato una respuesta. El antropólogo mejicano ha visto al hombre nacional en la perspectiva de la acción, porque ha entrado en la subjetividad del problema, viviéndolo.

Con el sentido de participación, observación y análisis en su metodología de conocimiento, el antropólogo ha visto el problema del ser mejicano como una incorporación de sí mismo al hecho en proceso y desarrollo.

En cambio, ¿cómo está enfrentando estos mismos hechos el otro tipo de intelectual? ¿Cómo se acerca éste al problema de conocer el ser nacional, de adentrarse en su esencialidad y ponerlo en el meridiano ecuménico que le corresponde? En este caso, como intelectual no ha realizado un acto más.

Para la realización de su profundo anhelo intelectual ha puesto cerco a las ideas de grupos, de *élites*, más que a la existencia misma del mejicano, que es donde tiene sentido su ser. En realidad, los problemas del ser mejicano se han visto en términos más de la razón que de la pasión.

Planteados los supuestos de este ser sobre una base muy puesta en positivismo, y más partiendo del desarrollo histórico posterior a la Independencia, se han marginado los antecedentes dinámica-

mente formativos, lo prehispánico y lo hispánico, en tal forma que la especulación intelectual carece de identificaciones profundas para explicar lo mejicano.

Resolviéndolo todo con su propia razón, se ha olvidado de la circunstancia profunda, ha penetrado en las potencias menos interiores de la mejicanidad, es decir, ha tratado este problema sin usar realmente un método psicológico y, en ciertos casos, fenomenológico.

Por lo mismo, ha convertido en formación puramente mental algo, el ser, que también lleva sentidos. Quizá donde más se explica el mejicano es a través de lo estético. Y es ahí, en su actual proyección de acción, que hemos llamado de dilatación, donde puede ser aprehendido lo mejicano; en esta existencia, más que en la pura especulación que lo fragmenta, que lo deja en la mera superficie ideológica, punto en el que se pretende explicarlo.

Este intelectual parece encontrarse sin circunstancia adecuada. Y aunque él vive mejicanamente, sin embargo no se plantea mejicanamente. Y, por lo mismo, no puede con la interpretación del ser mejicano.

Esta es la razón por la que, cuando el mejicano ha sido explicado filosóficamente, ha perdido desarrollo, se ha quedado en puras accidentalidades. La profundidad y la elaboración de su sentido permanecen sin ser descubiertas por el filosofar, porque este filosofar, abundantísimo en supuestos teóricos, es, en cambio, muy escaso en datos empíricos, y sin éstos es imposible construir una teoría de la personalidad.

El mejicano, descrito y explicado con el método que parece especulativo, no se ha logrado todavía. Y otra de las causas para esta marginalidad del problema reside en que el filósofo no se ha planteado el problema en términos del mestizaje. Lo indio y lo español, por separado, constituyen temas para los que tiene más atrevimiento interrogador que para el propio mestizo.

En el fondo, el problema no tiene solución inmediata, porque el sentido de la perspectiva sólo se podrá tener al cumplimiento de una acumulación de bagaje que ahora no posee.

Mientras, este intelectual, al igual que los otros, sólo tiene un camino: vivir esta mejicanidad con su responsabilidad y fusionarse en ella y darse sentido, explicarla durante el período de la posibilidad, haciéndose, y con el crecimiento.

De lo contrario, puede acontecerle lo mismo que le ocurrió con la Revolución Mejicana de 1910, que no supo dirigirla ni pensarla.